

MENSAJE

de

S. E.

El Presidente de la República

don Carlos Ibáñez del Campo

al Congreso Nacional
al inaugurar el periodo
ordinario de sesiones.

21 de Mayo de 1953.

Conciudadanos del Senado y de la Cámara de Diputados:

Cumplo en este primer año de mi segunda Administración, iniciada el 4 de Noviembre de 1952, con el mandato constitucional de dar cuenta ante el Congreso Pleno de la marcha política y administrativa de la nación.

Es explicable que en un acto de tanta trascendencia como el presente, fiel a la costumbre establecida por nuestras prácticas democráticas, dedique algún tiempo al análisis de las circunstancias políticas, económicas y sociales que determinaron el triunfo de mi candidatura presidencial, a la significación del 4 de Septiembre en el devenir de los acontecimientos de nuestra historia republicana, a la situación política y administrativa del momento y a los planes con que mi Gobierno afrontará las perspectivas del futuro.

GESTACION Y SIGNIFICADO DEL 4 DE SEPTIEMBRE

El pueblo de Chile, cansado de los errores cometidos por las administraciones anteriores, decidió en la última elección presidencial prescindir de las agrupaciones políticas tradicionales, tanto de derecha como de izquierda, para agruparse en un bloque democrático avanzado que constituyó una alianza espontánea de las mayorías nacionales.

El nombre de Ibáñez logró concitar el interés de dichas mayorías. Las masas obreras, los medianos y pequeños productores de la ciudad y del campo, los poderosos sectores de empleados y las misérrimas muchedumbres campesinas, formaron la amplia y poderosa plataforma de masas que dió respaldo a la candidatura del pueblo. A esta afluencia de fuerzas cansadas de la politiquería, de las tramitaciones y de la corrupción moral, que venían agrupándose anónimamente en los comités de mi candidatura, se sumaron los partidos Agrario Laborista, Socialista Popular, Democrático del Pueblo, Radical Doctrinario, Movimientos Ibañis-

tas, Partidos Femeninos y Nacional Cristiano, y otras fuerzas que afluían de los partidos tradicionales, formando de consuno, la base del aplastante triunfo del 4 de Septiembre. Fueron cuatrocientos cincuenta mil sufragios que arrojan la más alta mayoría que candidato alguno haya alcanzado hasta ahora en el proceso de nuestras justas cívicas.

Este desborde multitudinario es el producto de un proceso de desintegración política provocado por la crisis chilena. Los anhelos frustrados de nuestras mayorías y la necesidad de urgentes cambios, de reformas sustanciales de nuestro medio político, económico y social estimularon el fortalecimiento y el avance arrollador de un movimiento popular que superaba todo cauce orgánico. Era el pueblo quien irrumpía desde las ciudades y los campos, desde los talleres y las minas, de norte a sur, de cordillera al mar, al márgen de los partidos y de los sindicatos y gremios, buscando con el impulso de un gran anhelo una salida justa a la crisis chilena y expresando con un lenguaje simple su repudio a un estado de cosas contrario a los intereses nacionales.

La crisis política había llegado a un punto insostenible. La bancarrota económica y moral, secuela de un largo período de realizaciones políticas al servicio del privilegio y del egoísmo de círculos partidistas, aceleraba vertiginosamente el proceso de descomposición.

El carácter independiente de mi candidatura, sirvió de estímulo aglutinante a todos los que ya no creían en las fórmulas tradicionales de la política nuestra. El pueblo no podía entregar su confianza a la insensibilidad derechista que fué aplastada en 1938 con el aporte del sacrificio y apoyo de mis partidarios; tampoco podía volver los ojos hacia un presente que culminaba con el descrédito de un partido respetable; y, menos todavía podía entregar su confianza a una fuerza donde estaba camuflado el comunismo, con el pretexto de sobrevivir al amparo de nuestras libertades democráticas.

En las condiciones más precarias, casi sin prensa ni radio, sin medios económicos, combatida tenazmente y sin escrúpulos por los adversarios y por las esferas oficiales, así, en esta forma se desarrolló mi campaña presidencial. Mas, la falta de estos recursos y la adversidad de tales circunstancias fueron suplidos con creces por el esfuerzo, el sacrificio y la tenacidad de nuestros obreros y campesinos, de los empleados, medianos y pequeños empresarios, de toda esa fuerza incontrarrestable que dió el con-

tenido nacional y popular al movimiento triunfante del 4 de Septiembre.

Por eso, yo afirmo solemnemente, que aquella histórica jornada no significó el triunfo de un candidato más, sino que la victoria de un movimiento político social, nacido en las entrañas mismas de la nacionalidad, como una afirmación de los conceptos de una verdadera democracia, destinada a servir de cauce a las aspiraciones de los hombres de trabajo, al derecho por una vida más justa y compatible con la dignidad humana, y como una reacción contra los vicios de la politiquería, contra la injusticia, el privilegio y los cerrados círculos partidistas.

El 4 de Septiembre marca una fecha de proyecciones incalculables para el destino político del país. Se trata del reencuentro con lo más vivo y permanente de nuestras tradiciones; con lo más real, activo y progresista del espíritu avanzado que sobrevive al caos de una época que muere abriendo horizonte a otros caminos más promisoros, a otras formas de convivencia y a otras prácticas más de acuerdo con los anhelos nacionales.

El 4 de Septiembre marca la quiebra de una vieja mentalidad política, circunscrita a las minorías gobernantes, a los intereses de círculos y castas, al negocio del agio y la especulación, a la burocracia infecunda e inoperante, al olvido de las masas productoras y de las necesidades del trabajo, para dar paso a la era del Gobierno de las mayorías nacionales, cuya misión es lanzar al país a una etapa de resurgimiento y de estímulo de sus energías creadoras.

Estas son las ideas fundamentales que crearon las condiciones del triunfo. Pero también hubo otro factor importante, inestimable por su grandeza espiritual, y que influyó en el éxito. El pueblo de Chile es noble, sufrido y valeroso; no acepta el predominio de la injusticia y la falsedad. Por su propia cuenta, al margen de todo convencionalismo, reivindicó el espíritu progresista, justiciero y democrático de mi primera Administración, destruyendo con el empuje avasallador de su voluntad soberana, la leyenda negra que por más de dos decenios se tejó en torno a mi nombre, tergiversando los hechos y la verdad histórica. Yo siento en lo más profundo de mi alma una gratitud al pueblo, que es difícil expresar con las palabras, para con este gesto que me llena al mismo tiempo de satisfacción; porque a pesar de la tenacidad implacable de mis adversarios, llegó el momento en que la verdad apareció límpida y la ciudadanía dió su veredicto inapelable.

Yo no he sido un hombre ávido de poder. Fueron ayer los acontecimientos derivados de las revoluciones militares del año 1924 los que me llevaron, en circunstancias semejantes a las actuales, a rendir el esfuerzo del más sincero patriotismo en las altas responsabilidades del mando supremo y, ahora también, por segunda vez los acontecimientos me arrancan del merecido descanso, que anhela a mis años todo hombre sin ambiciones, que ha sufrido y luchado por una noble causa. Una vez más, por un imperativo superior, debo rendir los últimos esfuerzos de mi ya larga existencia para cumplir con la misma honradez y espíritu cívico con que lo hice en mi pasada Administración, la ennoblecedora tarea de trabajar por el engrandecimiento de Chile y la redención del pueblo.

Yo sé que me esperan horas de fatiga y sacrificio; pero ellas descansarán en la reparadora confianza del pueblo. Y esto basta a un hombre que como yo, carga el recuerdo de días duros y difíciles, cuando la patria me dolía por obra de las incomprensiones, la persecución y la calumnia; cuando sobre mi vida estaban sólo la adversidad, la derrota, la condena al ostracismo; cuando mis sufrimientos se multiplicaban ante los azares de la imposibilidad de reunir a mi familia en el solaz de un hogar acogedor; cuando mis amigos y partidarios flaqueaban o persistían en la esperanza; sí, todo lo que fué mi vida en los últimos treinta años... Yo evoco los acontecimientos y siento la emoción de haber cumplido bien con mi Patria y de que cumpliré con el pueblo, cuyo gesto de nobleza inapreciable, ha fortalecido mi voluntad de lucha y ha restañado tantos sufrimientos e incomprensiones.

Vaya mi gratitud, desde la más alta tribuna de la Nación, a los amigos y partidarios, que jamás desconfiaron en el veredicto justiciero del pueblo, a los partidos políticos que lealmente lucharon por mi triunfo, a los movimientos independientes que levantaron mi nombre como símbolo de restauración y recuperación democráticas, a la mujer chilena que enarboló por primera vez la bandera de sus derechos cívicos, a la gente sencilla y esforzada que forma las distintas capas del pueblo, a los anónimos héroes de la jornada del 4 de Septiembre, que diseminados a lo largo y ancho de Chile desarrollaron una acción multitudinaria incontrarrestable, a todos mis compatriotas que en un acto de fé cívica sin precedentes confiaron a mi custodia, el impresionante legado de sus esperanzas y de sus nobles anhelos de bien público y engrandecimiento nacional.